



**Stanley G. Payne**

# **LA EUROPA REVOLUCIONARIA**

**Las guerras civiles  
que marcaron el siglo xx**



**ESPASA**

Stanley G. Payne

La Europa revolucionaria  
Las guerras civiles que marcaron  
el siglo xx



ESPASA

Título original: *Civil War in Europe*

© Stanley G. Payne, 2011

© Jesús Cuéllar, 2011, por la traducción

© Ediciones Planeta Madrid, S. A., 2011

De esta edición:

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es)

Primera edición: febrero de 2011

Primera edición en esta presentación: mayo de 2021

ISBN: 978-84-670-6251-9

Depósito legal: B. 5.093-2021

Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión: Unigraf, S. L.

*Printed in Spain*-Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Introducción. REVOLUCIÓN Y GUERRA CIVIL COMO FORMAS DE CONFLICTO .....	9
---	---

PRIMERA PARTE  
LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL  
Y LA ERA DE LOS CONFLICTOS INTERNOS

Capítulo 1. GUERRA MUNDIAL, REVOLUCIÓN Y GUERRA CIVIL, 1905-1918 .....	33
Capítulo 2. LA GUERRA CIVIL RUSA, 1917-1922 .....	64
Capítulo 3. CRISIS POLÍTICA Y SOCIAL EN EUROPA, 1918-1923 .....	124
Capítulo 4. ENFRENTAMIENTO CIVIL Y DICTADURA, 1930-1935 .....	172

SEGUNDA PARTE  
EL CONFLICTO EN ESPAÑA, 1931-1939

Capítulo 5. EL PROCESO REVOLUCIONARIO EN ESPAÑA .....	209
Capítulo 6. REVOLUCIÓN Y GUERRA CIVIL, 1936-1939 .....	244
Capítulo 7. RELEVANCIA HISTÓRICA Y REPERCUSIONES INTERNACIONALES DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA .....	319

TERCERA PARTE  
GUERRA CIVIL Y VIOLENCIA INTERNA EN LA ÉPOCA  
DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Capítulo 8. LAS MÚLTIPLES GUERRAS DE EUROPA, 1939-1945 .....	337
Capítulo 9. LAS GUERRAS CIVILES DE YUGOSLAVIA Y GRECIA .....	363
Conclusión .....	393
Glosario de siglas políticas .....	403
Cronología .....	405
Índice onomástico .....	409

# Guerra mundial, revolución y guerra civil, 1905-1918

Durante la época de la primera guerra mundial y las revoluciones, en Europa se registraron transformaciones sin precedentes. Las cuatro décadas que median entre 1890 y 1930 constituyeron una especie de «eje axial» de la modernidad clásica. Las invenciones y los avances técnicos que establecieron la línea divisoria entre la vida tradicional y la vida moderna que hemos llevado desde entonces aparecieron o se generalizaron en esos años. Entre las innovaciones figuraron una gran difusión de la electricidad, además del teléfono, el cine, el automóvil, el avión, la radio, la refrigeración y comodidades fundamentales como el agua corriente. La ciencia médica también hizo grandes progresos. A comienzos de este periodo, en tiempo de guerra la mayoría de las muertes se producían a causa de enfermedades; al finalizar el mismo, ya no era así. En comparación, desde esa época los inventos decisivos y absolutamente novedosos no han sido tantos, ya que los primeros pasos del ordenador y el descubrimiento de la fisión nuclear se produjeron solo pocos años después.

En los ámbitos político y cultural, y en lo tocante a organización social, también se produjeron innovaciones igualmente decisivas. La democracia política se convirtió por primera vez en un rasgo clave de la vida europea durante ese periodo, aunque en muchos países se topara con la frustración o el fracaso. La aparición de las masas —acompañadas de una cultura y una política

propias de las mismas— alteró las relaciones sociales. Aunque los orígenes de la «modernidad» artística se remontan a mediados del siglo XIX, esta solo se difundió como estilo artístico una vez finalizada la centuria. En torno a esa misma época surgieron la publicidad y los medios de propaganda masivos.

Las ideologías políticas y sociales modernas venían desarrollándose desde la segunda mitad del siglo XVIII, pero solo se convirtieron en movimientos auténticamente masivos durante esta primera fase de la llamada modernidad clásica, generando graves conflictos, revoluciones, guerras civiles y novedosas dictaduras radicales. Desde entonces, con la posible excepción de la corrección política posmoderna y posmarxista, que no cristalizó hasta finales del siglo XX, no ha aparecido ninguna ideología nueva.

La convergencia de tantas nuevas ideas e influencias fue profundamente desestabilizadora; en realidad, lo fue más que ningún otro conjunto de condiciones sociales y culturales que hubieran existido nunca en ningún periodo de la historia. Ayudó a desatar un profundo malestar, que a muchos les condujo a la esperanza, tanto de asistir a una transformación drástica que propiciara un mejor nivel de vida y nuevas diversiones, como a una nueva y absoluta utopía. En otros, los cambios políticos, sociales e internacionales de la época de la guerra mundial, posteriormente seguidos por una crisis económica sin precedentes, generaron un pesimismo, una aprensión y un miedo profundos.

Cundía la sensación de que se estaba produciendo una gran mutación —política, cultural o ambas—, no solo debida al fin de la época anterior, sino al fin de la cultura y la sociedad tradicionales en general, todo lo cual generó en las élites culturales y sociales un estado de ánimo en el que primaban expectativas de tipo apocalíptico. Donde más pesó esa atmósfera fue en las élites culturales rusas de la etapa anterior a 1917, y después en las élites alemanas. En los movimientos revolucionarios se tradujo en expectativas milenaristas. En conjunto, la convergencia de tales in-

fluencias, al conjugarse con un nivel inusitado de conflictividad internacional, alumbró una profunda desestabilización, demandas de cambios o mejoras radicales, y generalizados enfrentamientos internos que algunos historiadores han calificado, con cierta exageración, de clima general de guerra civil europea.

Desde la Revolución francesa, el peligro de revuelta, convulsión o guerra civil interna había constituido una amenaza latente en gran parte de Europa.<sup>1</sup> Durante el siglo XIX, esas inquietudes se habían plasmado en tres tipos diferentes de conflictos: las pugnas entre liberales y tradicionalistas, las rebeliones y guerras promovidas por los nacionalistas en pos de la secesión o la unificación (y en ocasiones por las minorías opuestas a dichas iniciativas), y más adelante la aparición cada vez más constante de la «cuestión social», relativa al creciente resentimiento que sentían los trabajadores en las zonas industrializadas y los campesinos pobres de los países más atrasados.

La era de las revoluciones del siglo XX se inició con la frustrada Revolución rusa de 1905. Aunque el Imperio zarista había seguido expandiéndose, era víctima de graves presiones internas, de signo tanto horizontal como vertical. Durante el siglo precedente se habían librado cruentas guerras internas para mantener el control de nacionalidades sometidas como la polaca, especialmente, y también de los musulmanes del Cáucaso, al tiempo que el descontento social avanzaba a grandes zancadas, sobre todo entre los campesinos siervos de Rusia, que poco podían considerarse una *Herrenvolk* (raza superior) imperial.

Durante el siglo XIX en Rusia se produjeron más revueltas cam-

---

1. Para conocer una aproximación de amplio carácter filosófico e histórico a este asunto, véase H. Kesting, *Geschichtsphilosophie und Weltbürgerkrieg. Deutungen der Geschichte von der Französischen Revolution bis zum Ost-West Konflikt*, Heidelberg, 1959; y R. Schnur, *Revolution und Weltbürgerkrieg. Studien zur Ouvertüre nach 1789*, Berlín, 1983.



pesinas de escasa magnitud que durante ningún otro periodo equivalente en ningún otro territorio, y las cláusulas de la emancipación campesina de 1861 no solucionaron el problema, ya que el régimen de tenencia de tierras y las condiciones del crédito seguían planteando enormes dificultades. La rápida industrialización iniciada a finales del siglo XIX creó una nueva clase de trabajadores urbanos desafectos y explotados, cuyo número no dejaba de incrementarse, al tiempo que el resentimiento político que suscitaba la autocracia imperial —era el único Estado europeo que se había negado a implantar un régimen parlamentario, del tipo que fuera— se había disparado desde la década de 1860.

La explosión combinada de los descontentos político, urbano y agrario llegó a su punto álgido con la rebelión semiespontánea de 1905, cuyo catalizador fue la derrota imperial en la guerra ruso-japonesa. Por primera vez el régimen zarista perdía temporalmente el control, viéndose obligado a hacer importantes concesiones, aunque gran parte del Ejército se mantuvo fiel a Nicolás II, que en torno a 1907 había recuperado su preponderancia. Las acciones terroristas, iniciadas en la década de 1860, llegaron entonces a su punto culminante, en lo que constituyó el mayor estallido terrorista registrado desde la Revolución francesa, que a lo largo de varios años acabó con la vida de casi 8000 personas, muchos de ellos funcionarios subalternos. Entre este terrorismo y el posterior aparato terrorista estatal bolchevique hubo cierta continuidad, ya que ciertos individuos estuvieron implicados en uno y otro.<sup>2</sup> Después de 1905, la consiguiente represión estatal ejecutó oficialmente a 4500 personas, que en realidad probablemente fueran más, pero por primera vez desde la Francia de la década de 1790 los revolucionarios habían demostrado que su pensión

---

2. El mejor estudio del terrorismo revolucionario en la Rusia anterior a 1917 es el de A. Geifman, *Thou Shalt Kill: Revolutionary Terrorism in Russia, 1894-1917*, Princeton, 1993.

a la violencia era tan grande o más que la tendencia a la represión del régimen previamente establecido.

La gran revuelta agraria rumana de finales del invierno de 1907 fue un proceso más sencillo, nacido de las masivas protestas de los campesinos contra las opresivas condiciones de alquiler de la tierra. Al igual que en Rusia, aquí fue preciso recurrir a numerosas unidades del Ejército, llegándose incluso a utilizar la artillería, y la brutal represión ocasionó en el campo unos 11 000 muertos. Si tenemos en cuenta la población rumana, las pérdidas de vidas fueron considerablemente mayores que las registradas en Rusia.<sup>3</sup>

La década anterior a la primera guerra mundial fue una época de rebeldía generalizada, aunque todas las revueltas que lograron sus propósitos fueron de índole más política que social, empezando por la limitada revolución iniciada en 1906 en Persia, en parte bajo la influencia de los acontecimientos vividos en Rusia y de la rebelión de los Jóvenes Turcos de 1908, que una nueva élite nacionalista y modernizadora había comenzado a imponer en el Estado otomano. La rebelión militar griega de 1909 y la insurrección republicana portuguesa de 1910 llevaron al poder a movimientos liberales más avanzados y radicales, mientras que las revoluciones iniciadas en China y México durante los años 1910 y 1911 fueron procesos de más amplio espectro y de perfiles más imprecisos, que tardarían bastantes años en desarrollarse plenamente.

El nacionalismo tuvo un papel clave en estas convulsiones del periodo 1906-1911 y, en realidad, durante todo el siglo XIX. Antes del ascenso del socialismo y el anarquismo, la tendencia dominante en las revoluciones europeas había sido el nacionalismo, patente en los movimientos de liberación, secesión, unificación,

---

3. D. Mitrany, *The Land and the Peasant in Rumania*, Londres, 1930; y H. L. Roberts, *Rumania: Political Problems of an Agrarian State*, New Haven, 1951; además, para un breve resumen del asunto, véase K. Hitchins, *Rumania 1866-1947*, Oxford, 1994, pp. 176-179.

transformación interna, irredentismo o expansión externa.<sup>4</sup> Con frecuencia, el nacionalismo de finales del siglo XVIII y del XIX postuló que la nación introduciría una política y una cultura nuevas, algo que de diversas maneras habían expresado la Revolución francesa, los nacionalistas liberales, y los eslavófilos y paneslavistas rusos, y que también se había plasmado en la idea de la nueva Alemania, concebida como una fuerza cultural y política dinámica que superaría lo que se consideraba entonces decadencia de Occidente, dando paso a un nuevo orden.<sup>5</sup>

En torno a 1914-1915 una nueva concepción postuló que la propia guerra, al conseguir movilizar a las masas, hacer añicos las barreras institucionales y abrir la puerta a nuevas fuerzas sociales y culturales, sería la madre de la transformación radical y de la revolución.<sup>6</sup> Hasta cierto punto, esta idea nació de la «revolución cultural de la década de 1890», que sirvió como matriz conceptual del fascismo,<sup>7</sup> haciendo hincapié en la filosofía vitalista, la preeminencia del conflicto y el culto a la violencia.

La preocupación por el vínculo entre guerra y revolución condujo a conclusiones bastantes divergentes. Después de la insensatez de 1905, los conservadores rusos instaron al zar a evitar la guerra como si fuera la peste, coincidiendo con los radicales en que una contienda traería consigo otra revolución peor. La inquietud

---

4. J. H. Billington, *Fire in the Minds of Men: Origins of the Revolutionary Faith*, Nueva York, 1980, pp. 126-364.

5. Ciertos orígenes de esta idea se abordan en P. L. Rose, *Revolutionary Antisemitism in Germany from Kant to Wagner*, Princeton, 1990.

6. E. Gentile, *L'apocalisse della modernità. La grande guerra per l'uomo nuovo*, Milán, 2008; y M. Eksteins, *Rites of Spring: The Great War and the Birth of the Modern Age*, Nueva York, 1989.

7. La expresión la acuñó Zeev Sternhell para aludir al contexto intelectual del fascismo en su «Fascist Ideology», incluido en W. Laqueur, ed., *Fascism: A Reader's Guide*, Berkeley, 1986, pp. 315-376. Véase S. G. Payne, *A History of Fascism, 1914-1945*, Madison, 1995, pp. 23-34 [ed. cast.: *Historia del fascismo*, Barcelona, Planeta, 1995, pp. 37-52]; y, de forma más general, P. Blom, *The Vertigo Years: Europe, 1900-1914*, Nueva York, 2008.

tud que suscitaba el socialismo era la razón principal de que el Ejército permanente alemán, puesto en relación con su población, fuera más pequeño que el de Francia. En Alemania, alrededor de la mitad de los habitantes eran obreros, lo cual suponía una proporción mayor que en ningún otro país importante de la Europa continental, y gran parte de ellos se sentían atraídos por el socialismo, de manera que el estamento militar había preferido no completar los cupos de reclutamiento, confiando más bien en los sectores sociales que consideraba más fiables.

Este fue también uno de los factores que alentaron la decisión de optar por la guerra preventiva en 1914, para así unificar a la nación y contar con más posibilidades, aunque fueran un tanto desesperadas, de preservar las instituciones establecidas. Sin embargo, en Italia los nacionalistas radicales veían la guerra desde una perspectiva opuesta, ya que para ellos era la partera de la revolución que, logrando una movilización masiva de la sociedad imposible de otro modo, derribaría las barreras del antiguo régimen. Para los bolcheviques rusos, que rechazaban cualquier implicación en la guerra, esta, rompehielos de la revolución, les dejaría las manos libres para aprovecharse de la descomposición y el caos que esperaban que ocasionara.

No cabe duda de la originalidad de algunas concepciones del gobierno alemán durante la primera guerra mundial. Si los revolucionarios soñaban con una gran guerra que precipitara el fin del antiguo régimen, los funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores germano dieron su propio empujón a esa idea, desarrollando una amplia, aunque no integrada, estrategia de subversión, sabotaje y revolución, destinada a fomentar el derrumbe interno de las retaguardias e imperios enemigos. Con ello no se pretendía desatar una guerra civil universal, sino conceder múltiples blancos a la subversión, y se creó así la estrategia de sabotaje a escala internacional más compleja que se había concebido hasta ese momento en la historia y cuyo objetivo primordial era

derribar el orden vigente en Rusia y socavar los imperios británico y francés.<sup>8</sup>

La estrategia incluía la prédica de la *yihad* (guerra santa) contra el gran señor imperial en los dominios musulmanes del Reino Unido, Francia y Rusia (extendiendo ese santo combate a los musulmanes chiíes, con el fin de conseguir que el Irán chií entrara en la guerra para apoyar a Alemania y Turquía);<sup>9</sup> el sabotaje de la industria bélica en cada país enemigo; la fallida iniciativa de guerra biológica en Estados Unidos;<sup>10</sup> la revuelta colonial contra Francia (y también contra España) en Marruecos;<sup>11</sup> la incitación a la revolución en Irlanda y el contrabando de armas hacia esa isla; la financiación encubierta de pacifistas y socialistas en Francia, con el fin de socavar el esfuerzo bélico de ese país; el fomento de la lucha de clases y el terrorismo izquierdista en Barcelona para así minar la producción bélica española para los Aliados;<sup>12</sup> y la sub-

---

8. F. Fischer, *Germany's Aims in the First World War*, Nueva York, 1967, pp. 120-154.

9. P. Hopkirk, *Like Hidden Fire: The Plot to bring down the British Empire*, Nueva York, 1994; D. M. McKale, *War by Revolution: Germany and Great Britain in the Middle East in the Era of World War I*, Kent, Ohio, 1998; T. Ludke, *Jihad in Germany: Ottoman and German Propaganda and Intelligence Operations in the First World War*, Münster, 2005; M. Aksakal, *The Ottoman Road to War in 1914. The Ottoman Empire and the First World War*, Cambridge, 2008; U. Gehrke, *Persien in der deutschen Orientpolitik während des Ersten Weltkrieges*, 2 vols., Stuttgart, 1960; y T. G. Fraser, «Germany and Indian Revolution, 1914-1918», *Journal of Contemporary History*, 12, 1977, pp. 255-272.

10. C. Millman, *The Detonators: The Secret Plan to Destroy America and an Epic Hunt for Justice*, Boston, 2006; R. L. Koenig, *The Four Horsemen: One Man's Mission to Wage the Great War in America*, Nueva York, 2006.

11. H. L. Müller, *Islam, gihad («Heiliger Krieg») und Deutsches Reich: Ein Nachspiel zur wilhelmischen Weltpolitik im Mahgreb, 1912-1918*, Nueva York, 1991; y E. Burke, «Moroccan Resistance, Pan-Islam and German War Strategy, 1914-1918», *Francia. Forschungen zur West-europäische Geschichte*, 3, 1975, pp. 434-464.

12. F. J. Romero Salvadó, *Spain 1914-1918: Between War and Revolution*, Londres, 1999 [ed. cast.: *España, 1914-1918: entre la guerra y la revolución*, Barcelona, Crítica, 2002].

vención de la revolución en Rusia.<sup>13</sup> Esta última labor no solo conllevó la provisión de dinero para el socialismo revolucionario, sino iniciativas destinadas a incitar a las diversas minorías nacionales,<sup>14</sup> así como un tibio intento de alentar el potencial subversivo de los judíos rusos. La estrategia solo tuvo éxito en Rusia,<sup>15</sup> a pesar de que las causas de la revolución de 1917 fueron en su mayoría internas.

Aunque las limitaciones de su marina hicieron que en términos bélicos Alemania tuviera que limitarse prácticamente al entorno europeo, el gobierno germano trató con ella y por otros medios de llevar el conflicto armado a escenarios internacionales mucho más alejados, porque en una guerra geográficamente más amplia las potencias de la Entente tenían mucho más que perder. De la concepción inicial de *Weltpolitik* (política mundial), los dirigentes alemanes pasaron a la de *Weltkrieg* (guerra mundial). El objetivo era trastocar el orden internacional vigente, no solo para lograr una mayor seguridad, sino una posición hegemónica, y de ahí la paradoja de que una potencia fundamentalmente conservadora y antidemocrática desempeñara un papel auténticamente revolucionario en el ámbito internacional.

En Alemania, el discurso bélico repetía algunos de los conceptos desarrollados por el nacionalismo decimonónico germano, presentando el conflicto como una *Weltanschauungskrieg*, una especie de guerra ideológica y moral cuyo objetivo era conservar y expandir las más elevadas manifestaciones de la cultura alemana

---

13. Z. A. B. Zeman, *Germany and the Revolution in Russia, 1915-1918*, Londres, 1958; y W. Hahlweg, *Lenins Rückkehr nach Russland 1917. Die deutschen Akten*, Leiden, 1957.

14. S. Zetterberg, *Die Liga der Fremdvölker Russlands 1916-1918. Ein Beitrag zu Deutschlands antirussischen Propagandakrieg unter den Fremdvölkern Russlands im Ersten Weltkrieg*, Helsinki, 1978.

15. Aunque los 26 millones de marcos que se gastaron en Rusia fueron solo una mínima parte del monto total destinado a los múltiples programas subversivos.

y un idealismo alemán que debía imponerse y enfrentarse tanto al despotismo ruso como al mercantilismo, el materialismo y el imperialismo comercial anglo-franceses.

Para los nacionalistas alemanes, esta concepción era muy superior a los ideales de 1789, y en octubre de 1914 más de 4000 profesores universitarios e intelectuales germanos suscribieron un manifiesto que proclamaba el fin del «largo siglo XIX» materialista y el comienzo de una gran lucha que, librada por un espíritu heroico y unos elevados ideales, se impondría al materialismo y a la mediocridad del liberalismo político. El mismo contraste podía encontrarse en *Händler und Helden* («Comerciantes y héroes», 1915), de Werner Sombart, y en la obra del escritor judío Nachum Goldmann, *Die Geist der Militarismus* («El espíritu del militarismo», 1915), que presagiaban el advenimiento de un espíritu militar, viendo en él algo realmente progresista que, conjugando la igualdad de oportunidades con la meritocracia, no solo supondría una victoria para Alemania, sino para toda la humanidad.<sup>16</sup>

«Para Alemania, la guerra mundial se convirtió en una lucha libre de las convenciones que se identificaban con su archienemiga Inglaterra, es decir, las de un mundo banalmente experimentado, un materialismo reactivo a todo lo metafísico, una despreciable realidad hecha de intercambios, comercio y ganancias monetarias. Alemania quería cambiar el mundo; Inglaterra ponía todo su empeño en conservarlo... Desde esta perspectiva, la Gran Guerra se

---

16. H. Strachan, *The First World War*, Londres, 2003, p. 61 [ed. cast.: *La primera guerra mundial*, Barcelona, Crítica, 2004]. Strachan señala también que Walther Rathenau, encargado de reunir materias primas para la producción bélica, postuló que en Alemania la política económica de guerra estaba creando «una nueva forma de organización económica que combinaría los mejores rasgos del capitalismo con los del colectivismo de una economía planificada». Para profundizar en este asunto, véase R. Rürup, «Der Geist von 1914 in Deutschland: Kriegsbegeisterung und Ideologisierung des Krieges im Ersten Weltkrieg», en B. Huppauf, ed., *Ansichten vom Krieg. Vergleichende Studien zum Ersten Weltkrieg in Literatur und Gesellschaft*, Königstein im Taunus, 1984, pp. 4-23.

puede ver realmente como una guerra entre culturas: en palabras de Franz Marc sería “una guerra civil europea”.»<sup>17</sup>

Con razón o sin ella, los alemanes fueron los primeros en utilizar ese concepto, derivado al menos hasta cierto punto de la idealista y resuelta filosofía de la historia germana. En su *Drei Jahre Weltrevolution* («Tres años de revolución mundial», 1917), el socialista Paul Lensch le daría un giro izquierdista al señalar que las drásticas alteraciones ocasionadas por la guerra podrían conseguir que una Alemania semisocialista, en su calidad de país más moderno y progresista, contrapuesto al Reino Unido capitalista y a la Francia burguesa, encabezara una nueva era de progreso. Esa situación representaría el «auténtico socialismo» o «socialismo alemán».

El concepto de «guerra civil internacional», en sí mismo un oxímoron, únicamente puede postularse desde una perspectiva o concepción universalista que proyecte una misma política o doctrina sobre un escenario continental o mundial. En el ámbito cultural, durante la generación anterior los seguidores de Friedrich Nietzsche habían defendido que la reevaluación de los valores y la deconstrucción de la cultura tradicional promovidos por su filosofía conducirían a una «guerra civil [cultural] internacional». A lo largo del siglo XIX había comenzado a surgir en Alemania cierta filosofía política e histórica heredera del idealismo filosófico y de su concepción de la historia mundial. Por otra parte, durante la guerra surgieron en las democracias occidentales perspectivas bastante diferentes, basadas en la doctrina liberal democrática, que después irían seguidas, en Rusia, por teorías basadas en el marxismo revolucionario. En comparación, el contenido político de la posición alemana siguió siendo notablemente impreciso.

---

17. Diner, *Cataclysms: A History of the Twentieth Century from Europe's Edge*, Madison, Wisconsin, 2008, p. 25.



so y tuvo dificultades para ir más allá de la proyección del poder idealizado. En consecuencia, desde el principio, la concepción de la revolución alemana en el mundo moderno amenazó con convertirse en una especie de revolución del nihilismo.

Otro de los aspectos en los que las dos guerras mundiales se parecieron a guerras civiles fue en el hecho de que, a diferencia de gran parte de las contiendas internacionales anteriores, en estos conflictos los principales contendientes se empeñaron en lograr una victoria absoluta. Hubo excepciones, como la de Austria-Hungría en 1917, pero el rechazo de los objetivos limitados, hasta entonces típicos de gran parte de los conflictos internacionales, y la pretensión de alcanzar una victoria total guardaban cierta semejanza con las guerras civiles.

Quienes no eran en modo alguno revolucionarios no tardaron en experimentar la guerra como una especie de revolución, ya que la contienda estaba destruyendo la estructura cultural común de Europa, que en las últimas generaciones se había desarrollado de forma más completa, convirtiéndose en algo más sólido e interconectado que en ningún periodo anterior. La materialización de la primera globalización económica, la tendencia a la convergencia de los sistemas político y jurídico, la expansión de una misma cultura científica y educativa, e incluso los matrimonios entre distintas dinastías gobernantes habían producido una sociedad europea cada vez más interconectada.

El hecho de que algunos tuvieran conciencia de que la vida no era tan diferente en la sociedad enemiga creó una sensación afín a la de una guerra civil. Para algunos europeos, no solo se estaba acabando con un incalculable número de vidas, sino con la propia civilización. La guerra dio impulso a una revolución cultural nihilista y, para algunos, pondría fin a la fe en la existencia de una civilización occidental común. La estabilización temporal que tuvo lugar durante la década de 1920 no bastó para reinstaurar lo perdido, de manera que historiadores tan diversos como Eric

Hobsbawm, François Furet, Ernst Nolte y Enzo Traverso han utilizado el concepto de «guerra civil internacional» para aludir a toda esa época, que, iniciándose bien en 1914 o en 1917, se prolongaría hasta 1945.<sup>18</sup>

Los principios de legitimidad y de justicia suelen ser víctimas de las guerras, pero en 1914 esa pérdida parecía especialmente patente, ya que las ideas de guerra justa y de conflicto civilizado comenzaron a dejarse a un lado. En líneas generales, los teóricos europeos venían sosteniendo que todos los estados o gobernantes soberanos tenían derecho a declarar la guerra (*jus ad bellum*), pero que ese derecho estaba limitado por normas relativas a la conducta adecuada en caso de conflicto armado (*jus in bello*). Esos principios se habían infringido hacía poco, principalmente durante las guerras coloniales, que en algunos casos se habían conducido de manera absolutamente inmisericorde, como en la última campaña realizada por los alemanes en el África suroccidental,<sup>19</sup> aunque las demás potencias también habían proporcionado ejemplos de ello.<sup>20</sup>

La primera guerra mundial acabó con muchas normas y llevó a Europa las pautas de la guerra colonial. Se invadieron países neutrales (algo que no solo hicieron los alemanes), se vulneraron los derechos y las leyes que regían el uso del mar, Alemania sufrió un laxo bloqueo —ilegal según el derecho internacional—, se detuvo y fusiló a civiles, se utilizaron armas químicas y se experi-

---

18. E. Nolte, *Der europäische Bürgerkrieg, 1917-1945: Nationalsozialismus und Bolschewismus*, Berlín, 1991 [ed. cast.: *La guerra civil europea, 1917-1945: nacionalsocialismo y bolchevismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994]; y E. Traverso, *A ferro e fuoco. La guerra civile europea 1914-1945*, Bolonia, 2007 [ed. cast.: *A sangre y fuego: de la guerra civil europea (1914-1945)*, Valencia, Universitat de Valencia, 2009].

19. I. V. Hull, *Absolute Destruction: Military Culture and the Practices of War in Imperial Germany*, Ithaca, N. Y., 2005, pp. 7-90.

20. V. R. Berghahn, *Europe in the Era of Two World Wars: From Militarism and Genocide to Civil Society, 1900-1950*, Princeton, 2006, pp. 18-25.

mentó con las biológicas, y comenzaron a bombardearse ciudades. Algunos años antes de la contienda ya se había señalado que el manual del Estado Mayor alemán de 1902 sobre conducta en tiempo de guerra parecía hacer caso omiso de las restricciones impuestas al bombardeo de ciudades y las represalias, y también a las cláusulas sobre los derechos de los neutrales, todo ello fijado por la primera Conferencia de la Haya en 1899.<sup>21</sup> En esa línea, durante su invasión de Bélgica y Francia, los alemanes tomaron como rehenes a civiles y, en las primeras semanas, ejecutaron a 6427, entre ellos a por lo menos 43 sacerdotes.<sup>22</sup> Cosas bastante similares ocurrieron durante la invasión inicial de Serbia,<sup>23</sup> y en las campañas de los tres ejércitos en el frente oriental.<sup>24</sup>

La limpieza étnica y el genocidio son las manifestaciones más extremas de la guerra interna. El régimen zarista puso de manifiesto lo que los cínicos podrían decir que es la habitual tendencia rusa al sadomasoquismo, ya que sometió a sus propios súbditos a una variante de limpieza étnica, aplicando entre 1914 y 1915 en sus provincias occidentales políticas de tierra quemada a los hogares de muchos polacos, judíos y pueblos bálticos, que produjeron el desplazamiento forzoso a lejanos territorios rusos de unos tres millones de personas, algo que no hizo más que incrementar

---

21. Aunque el Gobierno de Guillermo II siempre fue proclive a dar una de cal y otra de arena, como cuando, durante la segunda Conferencia de la Haya de 1907, tomó la iniciativa al proponer la imposición de sanciones contra los que vulneraran las leyes de la guerra. Comentario de Eric Thiers en S. Audoin-Rousseau, et ál., eds., *La violence de guerre 1914-1945*, Bruselas, 2002, pp. 52-54; y, con un enfoque más general, Hull, *Absolute Destruction: Military Culture and the Practices of War in Imperial Germany*, Ithaca, N. Y., 2005, pp. 110-158.

22. J. Horne y A. Kramer, *German Atrocities, 1914: A History of Denial*, New Haven, 2001.

23. Aunque parece que los austro-húngaros no tardaron en moderar su comportamiento, con el fin de aplacar a los serbios y atraérselos. J. E. Gumz, *The Resurrection and Collapse of Empire in Habsburg Serbia, 1914-1918*, Cambridge, 2009.

24. A. Kramer, *Dynamic of Destruction: Culture and Mass Killing in the First World War*, Nueva York, 2007, proporciona una amplia panorámica.

la confusión y el caos crecientes dentro de sus fronteras.<sup>25</sup> Por otra parte, el régimen zarista fue el único contendiente en la guerra, con la excepción del Reino Unido, que tuvo que reprimir una importante revuelta interna, sofocando brutalmente una rebelión contra el alistamiento en el Asia Central rusa, que ocasionó la muerte de decenas de miles de civiles musulmanes, aunque las deportaciones planeadas para un momento posterior no llegaron a producirse porque el régimen se vino abajo.<sup>26</sup>

Parece que el primer ejemplo moderno de limpieza étnica masiva registrado en suelo europeo se produjo durante el siglo XIX al retroceder la frontera islámica en el Este del continente. Primero se produjo en ciertas zonas del Cáucaso y más tarde en los Balcanes, continuando con inmisericordes procesos de deportación durante las guerras balcánicas de 1912-1913. Casi todas las víctimas fueron musulmanas. Posteriormente, entre 1895 y 1909 tuvieron lugar matanzas masivas de armenios en Turquía, ya que los dirigentes de este país se sirvieron cínicamente de ideas islamistas y yihadistas para fortalecer el poder central.

En vísperas de la primera guerra mundial los mandatarios turcos debatieron la posibilidad de llevar a cabo dentro de su país una generalizada limpieza étnica de varias minorías cristianas, considerando que la deportación en masa de griegos, armenios y quizá también cristianos asirios era la mejor manera de lograr la unidad y la cohesión para la nueva y moderna Turquía nacionalista. Entre 1915 y 1916, en medio de las rigurosas condiciones que imponía la guerra, esto condujo a una masiva deportación de casi toda la población armenia. La mayoría de los varones adultos fueron liquidados en el acto, de un modo que no tardarían en re-

---

25. P. Gatrell, *A Whole Empire Walking: Refugees in Russia during World War I*, Bloomington, Indiana, 1999; V. Thurstan, *The People Who Run: Being the Tragedy of the Refugee in Russia*, Nueva York, 1916.

26. E. D. Sokol, *The Revolt of 1916 in Russian Central Asia*, Baltimore, 1953.

producir total o parcialmente los comunistas soviéticos y los nazis alemanes. El operativo no tardó en convertirse en un genocidio que quizá llegara a segar la vida de un millón de personas,<sup>27</sup> en un aterrador proceso en el que Alemania, aliada de Turquía, participó de manera indirecta e inadvertida.<sup>28</sup>

En este sentido, otro de los ejemplos, que únicamente alcanzó estado de latencia, fue el de Bulgaria, donde durante la guerra la administración debatió la posibilidad de llevar a cabo una limpieza étnica en la recién ocupada Macedonia, contemplando brevemente un plan de eliminación de parte de la población por medio de cámaras de gas móviles, proyecto este que por fortuna nunca se llevó a la práctica. Algunos historiadores han visto en estos casos ensayos del gran genocidio y proceso de limpieza étnica que se desarrolló durante la segunda guerra mundial.

Con todo, en la experiencia de la primera guerra mundial es preciso diferenciar, por una parte, la profunda ruptura que supuso la destrucción masiva de ideales humanos y de millones de vidas, la quiebra de las estructuras sociales y el derrocamiento de imperios, y, por otra, el desarrollo de una guerra interna cuyas condiciones solo aparecieron plenamente en el Imperio zarista en 1917,

---

27. Los estudios más importantes al respecto son los de T. Akçam, *A Shameful Act: The Armenian Genocide and the Question of Turkish Responsibility*, Nueva York, 2006; y G. Lewy, *The Armenian Massacres in Ottoman Turkey: A Disputed Genocide*, Salt Lake City, 2005. También son obras importantes las de R. Melson, *Revolution and Genocide: On the Origins of the Armenian Genocide and the Holocaust*, Chicago, 1992; V. N. Dadrian, *The History of the Armenian Genocide: Ethnic Conflict from the Balkans to Anatolia to the Caucasus*, Providence, 1995; M. Mann, *The Dark Side of Democracy: Explaining Ethnic Cleansing*, Cambridge, 2005 [ed. cast.: *El lado oscuro de la democracia: un estudio sobre la limpieza étnica*, Valencia, Universitat de València, 2009]; y D. Bloxham, *The Great Game of Genocide: Imperialism, Nationalism, and the Destruction of the Ottoman Armenians*, Oxford, 2005. Para una panorámica de la violencia política en Oriente Medio durante esta época, véase H. Bozarslan, *Una historia de la violencia en Oriente Medio. Del fin del Imperio Otomano a Al Qaeda*, Barcelona, Military Culture, 2009, pp. 15-72.

28. Hull, *Absolute Destruction: Military Culture and the Practices of War in Imperial Germany*, Ithaca, N. Y., 2005, pp. 263-290.

y en algunos otros países a finales de la propia conflagración. En puridad, no puede decirse que la primera guerra mundial fuera una contienda civil europea o internacional, ya que constituyó una clásica pugna entre estados, imperios y alianzas internacionales. Por ello, a fin de cuentas, aplicar la idea de «guerra civil europea» a los acontecimientos ocurridos entre 1914 y 1917 es una exageración.

En la medida en que así se entienda, sería bueno tener en cuenta que esa experiencia de la guerra como algo más, como algo distinto de los habituales conflictos militares internacionales de los siglos XVIII y XIX, supuso un corte sin parangón. La guerra cobró dimensiones solo débilmente atisbadas en sus inicios, pero una de las que estuvieron presentes en Alemania, tanto al comienzo como al final del periodo, fue la relativa a la decisión de precipitar los acontecimientos en 1914, en tanto en cuanto reflejaba la determinación de bloquear el avance del socialismo mediante acciones preventivas extremas que unificarían el país y garantizarían el mantenimiento de sus instituciones y su estructura social. En este sentido, las potencias centrales comenzaron la primera guerra mundial imbuidas de espíritu contrarrevolucionario, pero sin entenderlo como una mera reacción o retorno al pasado. Su decisión más bien tenía que ver con la incisiva observación de Joseph de Maistre, en el sentido de que «la contrarrevolución no es lo contrario de la revolución, sino que más bien constituye una revolución opuesta».<sup>29</sup>

Lo que Berlín pretendía con la guerra era revolucionar no la sociedad, sino la estructura de poder internacional, asentando el predominio germánico en la Europa continental. Con ese objetivo, fue Berlín y no el Moscú bolchevique el que puso en marcha el primer proyecto mundial de revolución y subversión, aunque el plan alemán fuera selectivo y variado, y en modo alguno tan sis-

---

29. Ha habido poco debate teórico sobre la contrarrevolución. Véase J. H. Meisel, *Counter-revolution: How Revolutions Die*, Nueva York, 1966; y T. Molnar, *The Counter-revolution*, Nueva York, 1969.

temático como el concebido por los bolcheviques. Casi todos los planes alemanes fracasaron y la guerra avanzó inexorablemente hacia la destrucción de las dinastías e imperios existentes en Europa Central y Oriental, y finalmente hacia la amenaza de la revolución sociopolítica y la guerra civil, de modo que la época de la guerra civil potencial —con frecuencia más latente que real— abarcó los años que mediaron entre 1917 y 1923, no el principal periodo de la guerra propiamente dicha.

En 1917 surgieron dos nuevos universalismos que pusieron de relieve el categórico cambio interno registrado en los países europeos. Uno fue el comunismo revolucionario ruso, que insistía en retirarse de la contienda europea para fomentar la lucha de clases internacional. El otro era el universalismo democrático de Estados Unidos que, dirigido por Woodrow Wilson, entró en la guerra inmediatamente después de que Rusia comenzara a retirarse de ella.

Wilson desarrolló un programa con objetivos bélicos, los Catorce Puntos, completamente ajeno a los acuerdos secretos a los que habían llegado las demás potencias para engrandecer sus imperios. El hincapié del programa wilsoniano en la democracia política y la autodeterminación nacional reflejaba las políticas tradicionalmente moralistas y «supraterritoriales» de Estados Unidos, que de manera periódica demostraban su inclinación por el «reconocimiento no de los estados, sino de los gobiernos considerados “legítimos” según su propia percepción de la legalidad».<sup>30</sup>

El wilsonismo postulaba su propia forma de *Weltanschauungs*-

---

30. Diner, *Cataclysms: A History of the Twentieth Century from Europe's Edge*, Madison, Wisconsin, 2008, p. 14. Existen bastantes obras sobre esta tendencia de la política exterior estadounidense. Véase R. Kagan, *Dangerous Nation: America's Place in the World from its earliest days to the Dawn of the Twentieth Century*, Nueva York, 2006; R. M. Gamble, *The War for Righteousness: Progressive Christianity, the Great War, and the Rise of the Messianic Nation*, Wilmington, Del., 2003; y K. Krakau, *Missionsbewusstsein und Völkerrechtsdoktrin in den Vereinigten Staaten von Amerika*, Frankfurt, 1967.

*krieg*, que, también revolucionaria, al menos desde un punto de vista político, fue la que se impuso entre 1918 y 1919, salvo en Rusia. La revolución social y la guerra civil quedaron en gran medida, aunque no por completo, circunscritas a los territorios del antiguo Imperio zarista, en cuyo seno, en Finlandia, se libró y resolvió la primera guerra civil revolucionaria.

### *La revolución y la guerra civil finlandesas de 1918*<sup>31</sup>

En cierto sentido las multiformes insurrecciones que conformaron la Revolución rusa de 1905 constituyeron la primera de las guerras civiles revolucionarias de la Europa del siglo xx, pero en este caso la insurgencia rusa no condujo a una guerra civil bien definida que enfrentara a dos fuerzas organizadas enemigas. En cambio, esas matices sí se pueden aplicar a la guerra civil finlandesa de 1918.

Después de su incorporación al Imperio zarista en 1809, Finlandia había sido su única parte semiautónoma. Durante el siglo xix, esa situación le permitió sentar las bases de una sociedad moderna dotada de autogobierno en la que, con sus propias leyes, tribunales y un Senado, existía oficialmente la separación de poderes. A partir de 1863, el tradicional cuarto estado, la Dieta finesa, volvió a reunirse con regularidad y tuvo lugar un importante despertar nacional, mientras la economía comenzaba a desarrollarse con más rapidez.

A pesar del fallido programa de rusificación que intentó imponer el régimen zarista a finales de siglo, Finlandia continuó disfrutando de mucha más libertad que el resto del imperio. La élite

---

31. Las fuentes en lenguas occidentales son escasas a este respecto. Para el relato y el análisis que vienen a continuación, me he basado en C. J. Smith, Jr., *Finland and the Russian Revolution 1917-1922*, Athens, Georgia, 1958; y en A. F. Upton, *The Finnish Revolution, 1917-1918*, Minneapolis, 1980. Véase también R. Alapuro, *State and Revolution in Finland*, Berkeley, 1988.



de lengua sueca comenzó a considerarse finlandesa y las consecuencias de la revolución de 1905 en Rusia empezaron a fomentar el sentimiento nacional, porque al año siguiente el zar Nicolás II permitió que en Finlandia todos los mayores de veintiún años (y no solo los varones) eligieran un moderno Parlamento unicameral. Aunque el funcionamiento de esa institución se vio en gran medida reprimido por la posterior reacción rusa, la sociedad finesa estaba potencialmente en camino de convertirse en una de las más democráticas del mundo. Cuando por fin se autorizó la celebración de nuevas elecciones en 1916, el Partido Socialdemócrata Finlandés (SDP) se convirtió en la primera formación socialista del mundo en obtener una mayoría parlamentaria, consiguiendo gran cantidad de votos y 103 de los 200 escaños de la cámara.

El estallido de la Revolución rusa de 1917 tuvo consecuencias dramáticas, alentando la movilización y el activismo obreros, pero sobre todo dando vigor al movimiento independentista. El gobierno provisional ruso rechazó las exigencias de este y disolvió el Parlamento finés, autorizando posteriormente la celebración en octubre del mismo año de unas nuevas elecciones que dieron como resultado la desaparición de la escasa mayoría socialista y la obtención por parte del centro y la derecha moderada de 108 diputados, lo cual condujo a nuevo gobierno de centro-derecha.

Las huelgas y todo tipo de desórdenes no dejaron de aumentar, en parte relacionados con la presencia en el país de casi 50 000 soldados y marineros rusos, que llegado ese momento estaban al borde del motín. Tal como ya habían hecho en 1905, los socialistas constituyeron la milicia de la Guardia Roja (parece que la denominación se acuñó originalmente en Finlandia), mientras que el centro y la derecha organizaban la suya, la llamada Guardia del Hogar (más adelante denominada Guardia Blanca, por oposición a la Roja). El hambre se tornó un importante problema, porque Finlandia tenía que importar una parte considerable de sus víveres, pero la guerra interrumpió el suministro, que más adelante se vería

todavía más reducido debido a una mala cosecha y al derrumbe económico de Rusia. En las ciudades del sur del país los obreros radicales acusaron a los campesinos conservadores del interior de tratar deliberadamente de matarlos de hambre.

Los socialistas, indignados por la pérdida de su efímera hegemonía política, mantenían ciertos vínculos con los bolcheviques rusos, que prometieron apoyar la independencia finlandesa. Aceptaron la propuesta de Lenin, que quería que se opusieran abiertamente al gobierno provisional ruso y que rechazaran frontalmente una mayor implicación en la primera guerra mundial. Esta toma de posición participaba del objetivo de convertir la contienda mundial en una guerra civil revolucionaria de carácter internacional, aunque durante meses los socialistas finlandeses poco se esforzaron por alcanzar dicho objetivo.

En cuanto tomó el poder en Rusia en noviembre, Lenin instó a los socialistas finlandeses a hacer lo propio en su país. El 9 de noviembre constituyeron en Helsinki el Consejo Revolucionario Central de Trabajadores, una organización de tipo «soviético» más amplia y radical que comenzó a pasar por encima del propio SDP. No obstante, el Consejo únicamente llegó a organizar una huelga general de una semana a mediados de noviembre, que produjo numerosos altercados y actos de violencia en los que la Guardia Roja acabó con la vida de 32 personas, sufriendo ella misma dos bajas mortales. Políticamente, la huelga fue un fracaso, pero desató un profundo proceso de polarización, un tanto similar al generado en 1934 en España por la huelga general agraria y la insurrección revolucionaria.

A finales de noviembre, el moderado P. E. Svinhufvud accedió a la presidencia de un gobierno<sup>32</sup> de coalición de centro-derecha,

---

32. Oficialmente Svinhufvud era presidente del Senado, ya que esta pequeña cámara, cuyos miembros eran nombrados, no elegidos, funcionaba como un consejo de gobierno, es decir, como un consejo de ministros.

que proclamó la independencia del país a primeros de diciembre. A primeros de 1918 el nuevo Ejecutivo anunció la formación de un Ejército nacional (el «Cuerpo de Protección»), que sin embargo inicialmente solo existió sobre el papel. Entretanto, la Guardia Roja, que operaba prácticamente al margen del control o de las políticas de los líderes socialistas, siguió participando en incursiones ilegales, extorsiones y detenciones arbitrarias que alentaron todavía más la organización de la Guardia del Hogar, aunque por el momento continuaran evitándose enfrentamientos de consideración.

Los socialistas rechazaron de plano la que consideraban decisión gubernamental de crear un «ejército de clase», aunque por supuesto cualquier Estado independiente aspira a constituir algún tipo de fuerza de seguridad. Oficialmente, la política de Lenin era de no injerencia en los asuntos finlandeses, pero el 20 de enero prometió que seis días después haría un envío de armas para la Guardia Roja. Ante la inminencia de las hostilidades, el día 25 el gobierno finés reconoció oficialmente que la Guardia del Hogar constituiría el núcleo del nuevo Ejército nacional, y al día siguiente algunos ministros abandonaron Helsinki en busca de territorios más seguros, al tiempo que los demás se ocultaban mientras la Guardia Roja comenzaba a tomar la capital.

Los líderes socialistas fineses, hasta cierto punto moderados, no pudieron resistirse a las presiones de los miembros más radicales de su propio movimiento (en una situación bastante parecida a la que experimentarían posteriormente los líderes moderados y semimoderados del socialismo español), de manera que la noche del 27 de enero de 1918, mientras armas rusas entraban en el país, los socialistas anunciaron la toma del poder por parte de su revolución. Fueron los primeros socialistas en lanzar una insurrección revolucionaria contra un gobierno elegido democráticamente; los socialistas españoles serían los segundos. Consiguieron hacerse con el control del sur del país, en el que habitaba casi la mitad de la población y donde estaban las ciudades principales.

Los dirigentes revolucionarios anunciaron la constitución de un Estado de partido único (denominado, a instancias de Lenin, República Socialista Obrera Finlandesa) y la introducción de un régimen económico mixto, que reconocería gran parte de la propiedad privada existente, incluyendo una economía rural en la que predominaban los pequeños propietarios. En comparación con lo que estaba ocurriendo en Rusia, el programa económico era moderado, pero se basaba en la instauración de un Estado monopartidista violento y revolucionario.

El gobierno rojo redactó el borrador de una nueva Constitución que en teoría contemplaba el establecimiento de una democracia parlamentaria, pero determinando que «únicamente los partidos de izquierda pueden formar una mayoría parlamentaria democrática». De este modo se oficializó brevemente en Finlandia la posición que la izquierda española defendería con firmeza y continuamente a partir de 1931. El texto advertía también que si un nuevo Parlamento democráticamente elegido pretendía «restaurar un gobierno minoritario» (así denominaban los socialistas a un Ejecutivo no socialista), «la nación» tendría que «disolver ese Parlamento» y celebrar nuevos comicios, con lo que se pronosticaba curiosamente la actitud de la izquierda española entre 1933 y 1935.

Los líderes socialistas finlandeses hablaban de «dictadura del proletariado», «democracia» y «mayoría democrática» sin lograr resolver las contradicciones que esos conceptos implicaban. El borrador de Constitución tampoco instauraba una economía socialista, sino que reconocía el derecho del gobierno nacional y de los entes locales a «poseer propiedades, crear empresas o participar en ellas» con el fin de «dar a la nación la oportunidad de esforzarse por alcanzar una sociedad socialista».<sup>33</sup>

---

33. Las citas proceden de Upton, *The Finnish Revolution, 1917-1918*, Minneapolis, 1980, pp. 391-393.

Los maestros y los funcionarios recurrieron a una huelga masiva contra el nuevo régimen y la mayoría de las escuelas cerró. Gran parte de la industria tuvo también que echar el cierre, y el nuevo régimen se afanó por hacerse con el control, a menudo sin éxito, de los sectores clave.

La República Socialista Obrera Finlandesa aplicó algo menos de coacción de la que sería habitual en posteriores regímenes revolucionarios, pero en el ámbito local descansaba sobre sóviets obreros y con frecuencia no logró controlar a la Guardia Roja, de manera que el país sufrió un «terror rojo». En el territorio controlado por la revolución se registraron por lo menos 1649 asesinatos políticos, lo cual, si tenemos en cuenta la población del país, arrojó una cifra menor que la que más adelante ocasionarían en Rusia, España, Yugoslavia o Grecia acciones similares. Entre las víctimas habituales se encontraban voluntarios del Ejército que querían pasarse a la «zona blanca» y prisioneros de la misma capturados en combate, aunque el grueso fueron ejecuciones directamente políticas, de las cuales varios cientos se produjeron durante los últimos días del poder rojo en el sureste del país.

Al ir pasando las semanas, se fueron produciendo cada vez más detenciones de líderes de oposición y de miembros de las élites social y económica, que sin embargo no tuvieron un carácter totalmente sistemático. En su mayoría, las clases medias únicamente sufrieron cierto hostigamiento y aunque casi todos los ministros del régimen parlamentario presentes en territorio de los revolucionarios se habían ocultado, ninguno fue descubierto ni detenido. El primer terror rojo propiciado por un régimen revolucionario durante el siglo xx fue de carácter esporádico, no sistemático. Se crearon tribunales revolucionarios, pero la Guardia Roja los tachó de indulgentes. Los socialistas moderados se quejaron de las atrocidades que se hacían en nombre de la revolución, llegando incluso a formar una «Comisión para la Investigación de Asesinatos y otras Atrocidades cometidas en Helsinki y sus Alrededores durante la Revolución» que, aunque se quedó en papel mojado, cons-

tituyó una protesta más directa que la que se daría entre los revolucionarios de Rusia, España y otros países. Al final, algunos socialistas moderados llegaron incluso a huir a la zona blanca.

El gobierno parlamentario regular se reorganizó en territorio seguro y nombró capitán general de sus fuerzas a Carl-Gustaf Mannerheim, hasta hacía poco general de división finlandés en el Ejército zarista. Mannerheim pertenecía a la élite finesa de habla sueca. Aunque además de esa lengua hablaba con fluidez ruso y alemán, su finés era bastante rudimentario, y su nombramiento molestó a los nacionalistas extremos, que lo tacharon de «ruso». Con todo, se reveló un líder capaz y carismático, para quien el problema inicial era sacar de Finlandia a los miles de soldados rusos, que se temía podían constituir la base militar del poder rojo.

El 27 de enero, justo cuando los socialistas se hacían con el poder en Helsinki, Mannerheim lanzó a sus variopintas unidades contra los barracones rusos del oeste de Finlandia. Los levantiscos soldados y marineros rusos no tenían mucho interés en meterse en una guerra civil en Finlandia y se rindieron sin apenas resistencia, lo cual proporcionó más armas a los blancos. Diez días después, Mannerheim se hacía con el control del centro y el norte del país, que comprendían el grueso del territorio nacional, aunque poco más que la mitad de la población y ninguno de los principales centros económicos.

Al principio, ni los rojos ni los blancos estaban realmente organizados, preparados o equipados para combatir, enfrentándose a los consabidos problemas que sufren los ejércitos improvisados durante las guerras civiles.<sup>34</sup> Los rojos esperaban ayuda de los bolcheviques rusos, pero estos tenían sus propias emergencias, que se multiplicaban, y, aparte del primer envío de armamento, apenas proporcionaron ayuda directa.

---

34. Véase K. Chorley, *Armies and the Art of Revolution*, Boston, 1973.